

Del autor de *Filosofía en la calle*
EDUARDO INFANTE

MÁS **#FiloRetos**
PARA LA VIDA
COTIDIANA



ÉTICA
EN LA
CALLE

The illustration depicts a stylized city street scene. On the left, a tall, orange building with dark rectangular windows stands. A large, three-dimensional orange sign is attached to the building, featuring the words 'ÉTICA EN LA CALLE' in bold, white, sans-serif capital letters. A black street lamp with a yellow light is positioned in front of the sign. In the background, a dark silhouette of a city skyline is visible against a light blue sky with a few white clouds. Another street lamp is visible further down the street on the right.

Ariel

Eduardo Infante

Ética en la calle

Más #FiloRetos para la vida cotidiana

Ariel

Primera edición: enero de 2025

© Eduardo Infante Perulero, 2025

© J. Mauricio Restrepo, por las ilustraciones del interior, 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3829-3

Depósito legal: B. 22.353-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

<i>Introducción</i>	13
#FiloReto_1. ¿Perdonarías a un asesino con alzhéimer?.....	29
#FiloReto_2. ¿En qué categoría debe competir una mujer trans?	49
#FiloReto_3. ¿Qué código ético instalarías en tu coche?	77
#FiloReto_4. ¿Mejorarías genéticamente a tu hijo?	111
#FiloReto_5. ¿Qué vida escogerías si volvieras a nacer?	135
#FiloReto_6. ¿Salvarías a tu perro o al bebé del vecino?.....	171
#FiloReto_7. ¿Podemos ser amigos con derecho a roce?	189
#FiloReto_8. ¿Por qué no ser un cabrón?	221
<i>Epílogo: Un país sin ética.</i>	249
<i>Pensar con los ojos: Propuesta para un cineclub</i>	259
<i>Bibliografía</i>	265

No hace mucho que comenzaste un voluntariado en la residencia de mayores de tu barrio. Entre las personas que visitas, hay un anciano que padece un alzhéimer avanzado: no sabe quién es y apenas recuerda nada de su vida pasada. Sin embargo, hay algo que no ha olvidado: su pasión por el ajedrez. Un rito casi sagrado os convoca todas las mañanas de domingo en torno a un desgastado tablero de madera. A primera hora de la mañana, justo después de desayunar, tu rival coloca ceremoniosamente las figuras, mientras espera, con infantil ilusión, tu llegada. El anciano ajedrecista siempre te ha tratado con una educación exquisita y, en poco tiempo, has llegado a entablar con él una relación de amistad.

Hoy es un domingo muy extraño. Al llegar a la residencia te topas con una multitud de periodistas, cámaras de televisión y curiosos agolpados en la entrada. Te acercas a preguntar qué es lo que ocurre. La respuesta te deja atónito: han descubierto que uno de los residentes es un cruel asesino que la policía buscaba desde hace décadas. La leyenda lo describe como un tipo duro y sin escrúpulos, que disfrutaba humillando a sus víctimas y era capaz de ejercer sobre ellas una terrible violencia tanto física como psicológica. Pero, dado su deteriorado estado de

salud, la justicia ha decidido que termine sus días en aquella residencia. No sales de tu asombro cuando conoces su identidad. El brutal asesino es tu querido compañero de ajedrez. Te quedas paralizado en la puerta de su habitación, contemplándolo desde lejos. Él está sentado frente al desgastado tablero, esperando tu llegada para comenzar la partida. Tu cabeza parece que va a explotar, te sudan las manos y el corazón te cabalga en el pecho como un potro desbocado. Eres un mar de dudas: ¿jugarás esa partida? ¿Serás capaz de olvidar lo sucedido? ¿Sigue siendo responsable de lo que hizo, aunque no lo recuerde?

¿QUIÉN ES QUIÉN?

Si quieres responder a estas preguntas, lo primero que tendrías que aclarar es si el adorable anciano con el que hasta ahora jugabas y el despiadado asesino son o no la misma persona. Te ayudarán las reflexiones de John Locke sobre el problema filosófico de la identidad personal. Desde su experiencia como médico, este filósofo inglés consideró que al nacer no somos más que un pedazo de carne con ojos y que nuestra mente viene al mundo vacía de contenido, sin ninguna idea previa sobre el bien o la verdad, sin ningún concepto y ningún principio lógico. Sin nada de nada, más limpia, blanca y pura que tu cuenta corriente a fin de mes. El entendimiento se estrena con nuestras primeras percepciones y se va llenando con todo aquello que experimentamos. Las observaciones de los objetos externos por medio de los sentidos y nuestras reflexiones internas van proporcionando a nuestro pensamiento el material para pensar. La mente de un bebé es como un papel en blanco sobre el que la experiencia va

escribiendo. Al igual que nuestro cuerpo, nuestra mente está en un continuo proceso de transformación.

Esta idea de una mente en continuo cambio llevó a Locke a meditar sobre una antigua paradoja que ha mantenido en vela a muchos filósofos: el barco de Teseo. Mi intención al traerla aquí no es evitar que el lector concilie el sueño, sino someter a análisis nuestras supuestas certezas y reflexionar sobre las relaciones que existen entre los conceptos de identidad y cambio. La paradoja en cuestión se basa en un relato del historiador griego Plutarco y viene a decirnos más o menos lo siguiente:

El barco en el que regresaron Teseo y los jóvenes que rescató del laberinto de Creta fue conservado por los atenienses durante varios siglos. Cada año se conmemoraba la hazaña y el navío volvía a hacerse a la mar para realizar el mismo viaje. Con el paso del tiempo, se fueron retirando las tablas estropeadas y se reemplazaban por unas nuevas y más resistentes, de modo que llegó un día en que la renovación de los materiales fue completa y el barco ya no conservaba ni una sola de las piezas originales. La embarcación —cuenta Plutarco— se había convertido en un ejemplo entre los filósofos sobre la identidad de las cosas que crecen; un grupo defendía que el barco continuaba siendo el mismo, mientras el otro aseguraba que no lo era.

Si en vez de en tablas de barcos piensas en las células de tu cuerpo, seguro que te percatarás de la gravedad del problema. ¿Cuántos años tienes? Realmente no importa, porque sea cual sea tu edad, esta no coincidirá con la de la mayor parte de las estructuras de tu cuerpo. Algunas regiones de tu organismo solo tienen unas horas de existencia. Tus tejidos, tus órganos y tus células poseen eda-

des muy diferentes. Nuestro cuerpo se renueva completamente cada diez o quince años. El cuerpo reemplaza el 98 por ciento de todos sus átomos en menos de un año. Cada cinco días se sustituye el recubrimiento del estómago, la piel cada mes, el hígado cada seis semanas y el esqueleto cada tres meses. Las células se replican a sí mismas siguiendo un código inscrito en el ADN, como las tablas del barco de Teseo se sustituían unas por otras siguiendo el diseño del prototipo (literalmente primer modelo o molde original). No olvides que tu ADN se altera y modifica a cada instante. Así que, ¿en qué sentido eres y no eres el mismo? ¿Somos personas nuevas cada cierto tiempo? ¿Cuál es el sustrato de nuestra identidad? Si lo idéntico es aquello que es igual a sí mismo, ¿en qué sentido somos idénticos a nuestro pasado yo de hace diez años y a nuestro futuro yo de dentro de veinte? En cada respiración inhalas miles de millones de átomos que se transforman en partes de ti y exhalas trozos de tu cuerpo que se desprenden. Así que, cuando hablas de tu cuerpo: ¿de qué cuerpo estás hablando? ¿Qué permanece de nosotros en esta travesía que llamamos «vida»?

John Locke, que tenía más experiencia con calcetines que con trirremes, reformuló esta clásica paradoja y se planteó qué ocurriría si a su calcetín favorito le saliese un tomate por el que asomase el dedo gordo del pie derecho. Dado el aprecio que le tenía a la prenda (cada uno se encariña con lo que quiere y, si eres tan liberal como Locke, la diversidad no debería ni sorprenderte ni escandalizarte), no se desprendería de ella y haría todo lo que estuviese en su mano por conservarla. Compraría un hilo de un color exacto y lo remendaría con precisión alemana para que no se notase el parche. Si saliese otro tomate, pensaba Locke, ejecutaría el mismo protocolo antitomates. Así, si tras x tomates ya no quedase ni uno solo de los

hilos originales, ¿el hecho de seguir llamándolo por el mismo nombre nos autorizaría a seguir considerándolo el mismo calcetín?

Calcetines aparte, lo que está claro es que definir la identidad no es tarea fácil. Para solucionar esta paradoja, Locke distinguió los conceptos de hombre y persona. El primer término hace referencia a los elementos materiales que nos componen, al animal humano, a nuestra base biológica, a ese cuerpo serrano que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida y que aumenta o disminuye de peso en función de la cantidad de donuts o brócolis que le metamos en vena. Ese hombre, pensaba Locke, puede ganar algún kilo, perder pelo o arrugarse como una pasa, pero, en esencia, siempre es el mismo. Hay una continuidad en ese ser vivo que se desarrolla en el transcurso de su existencia. Pero, aunque siempre somos el mismo hombre, no necesariamente tenemos por qué ser el mismo yo, la misma persona. Ahora bien, ¿qué es eso que llamamos «persona»? Locke la definió como un ser pensante inteligente dotado de razón y de reflexión, que puede «considerarse a sí mismo como el mismo» y como «una misma cosa pensante» en diferentes tiempos y lugares. Una lechuga y un capibara no serían personas porque no piensan; y una inteligencia artificial (o IA) (por ahora) no sería persona porque, aunque piense, no tiene autoconciencia. Si comparamos la mente con el ojo, podríamos decir que la autoconciencia es un ojo que no solo ve, sino que además ve que ve, se ve a sí mismo. Pues bien, lo que nos hace ser el mismo yo a lo largo del tiempo es el conocimiento que tenemos de que el tipo que está pensando hoy en calcetines es el mismo tipo que ayer estaba viendo, sintiendo, gustando, meditando o deseando otras cosas. ¿Qué estabas haciendo, sintiendo o pensando a las 21.13 del 26 de junio de hace seis años? Si no tienes forma de

recordarlo, lo siento mucho, esa parte de tu persona ha muerto para siempre. Eres lo que recuerdas; recuerdas lo que eres. El hilo de nuestra memoria es el que cose un disperso conglomerado de pensamientos, deseos, pasiones, sentimientos, imágenes y sensaciones para urdir nuestra identidad personal. Locke lo ilustra con el siguiente ejemplo: imagina que, por alguna extraña alteración en el curso del universo, un zapatero y un príncipe intercambian sus recuerdos. El cuerpo con el que se levantan ese día es tan indiferente para su identidad personal como el pijama que llevan puesto. Si analizamos el caso desde la categoría de «hombre», nada habría cambiado. Pero si los observamos desde la categoría de «persona», tendríamos que afirmar que el príncipe sería el zapatero, y el zapatero el príncipe. ¿A quién deberíamos meter entre rejas si el zapatero fuese culpable de un crimen? Locke lo tiene bien clarito: a aquel que tenga los recuerdos de la persona culpable.

El psiquiatra Viktor Frankl constató en los desalmados campos de concentración la diferencia entre el hombre y la persona. La ingeniería nazi fue capaz de crear una eficiente industria de exterminio en la que, a veces, la persona era aniquilada antes que el hombre. En su obra *El hombre en busca de sentido*, Frankl nos habla de quienes eran conocidos en el campo como musulmanes por adoptar una postura semejante a la que toman los creyentes islámicos cuando rezan. También eran llamados «cadáveres ambulantes», «hombres momia», «muertos vivos», «presencias sin rostros». Eran prisioneros que, por decisión propia o falta de fuerza, abandonaban todo intento de sobrevivir. Escribió el doctor Frankl:

En esas condiciones perdían la orientación vital —todo les daba igual—, la esperanza; se apoderaba de ellos la des-

nutrición y temblaban continuamente de frío, la temperatura corporal bajaba normalmente por debajo de los 36 grados. En otras palabras, la persona se desvanecía y en su lugar surgía un haz de funciones biológicas ya en agonía.

El alzhéimer puede evaporar a la persona con la misma violencia que Mauthausen: a medida que la enfermedad avanza, la memoria se va borrando y, con ello, la autoconciencia. Queda entonces un cuerpo sin rostro, una existencia sin ser. Por esta razón, Locke afirma que, si una persona ha cometido un crimen y, realmente, ha perdido la memoria de haberlo cometido, no se la puede responsabilizar, porque, aunque lo parezca, no es la persona que lo perpetró. La identidad viene delimitada por nuestra memoria. Somos lo que alcanzamos a recordar. Condenar al hombre cuando ya no habita en él la persona es tan absurdo como juzgar y encarcelar al arma homicida en lugar de al sujeto que la empuñó.

NADIE TIENE LA CULPA

Para Locke, la identidad personal y la responsabilidad moral están tan íntimamente ligadas que creía que ni el mismo Dios te puede castigar por un crimen que eres incapaz de recordar. Esta línea de defensa, claro está, solo funciona con un juez divino. Que a nadie se le ocurra defraudar a Hacienda y alegar que no recuerda nada de lo sucedido, porque los jueces humanos, a diferencia del divino, no son omniscientes y, por tanto, no están capacitados para discriminar cuando mentimos sobre nuestros recuerdos. Pero si a Dios, teóricamente, no se le puede mentir, entonces tendremos que concluir con Locke que:

Si la persona es responsable de sus actos, y la persona es lo que alcanza a recordar de sí misma (esto es, el recuerdo de los hechos vividos a lo largo de su existencia), entonces, no es responsable de aquello que no recuerde haber vivido.

En la adaptación al cine de *Las uvas de la ira* hay una escena que puede ayudarnos a ilustrar las relaciones estrechas que mantienen la responsabilidad y la identidad: un empleado se acerca en coche a la tierra que, hasta ese momento, había estado trabajando, durante generaciones, una familia de campesinos para entregar una orden de desahucio. El padre de familia, rifle en mano, amenaza con pegarle un par de tiros a quien intente echarlo de su tierra. El empleado responde que él no tiene la culpa, que es un mandado y que tan solo ha venido a entregarles la notificación. «¿Pues quién la tiene?», pregunta el hijo mayor. El empleado, que no quiere abrir una polémica sobre un asunto ético de tal calado y que está deseando volver por donde vino, sin bajarse del coche, responde que la propietaria de la tierra es ahora una compañía. El granjero pregunta asombrado que quién es esa empresa y el mensajero responde que «no es nadie, es tan solo una compañía». El hijo, que no tiene un pelo de tonto, frunce el ceño y no queriendo dejarse avasallar, insiste: «Pero la compañía tendrá un presidente, ¿tendrán a alguien que sepa para qué sirve un rifle?». El empleado, con un tono condescendiente, le aclara: «Pero hijo, ellos no tienen la culpa, el banco les dice lo que tienen que hacer». El joven, desesperado, alza la voz y pregunta dónde está el banco. El empleado le replica que la sede de la entidad está en Tulsa, pero qué allí solo se encuentra el apoderado, que tampoco es el culpable porque, como todos los demás, solo recibe ordenes de la central. El padre, que no

sale de su asombro, con la mirada desencajada y con una voz que languidece como la derrota, formula la pregunta del millón: «Entonces ¿a quién matamos?». La respuesta que ofrece el mensajero deja boquiabiertos tanto a la familia de campesinos como a los espectadores: «La verdad, no lo sé. Si lo supiera te lo diría».

No hace falta ser filólogo clásico para pillar la referencia de este diálogo al canto IX de la *Odisea* en el que Homero narra el ardid urdido por Ulises para cometer un crimen y salir impune a los ojos de los hombres y de los dioses. Recordemos que el cíclope Polifemo vivía tan tranquilo hasta que, un buen día, la compañía griega «Ítaca y asociados» desembarcó en su tierra, le arrebató sus bienes y lo mutiló de por vida. La treta del rey de Ítaca consistió en esconder a su persona bajo la palabra *nadie* y, con ello, toda culpabilidad. El astuto Ulises era conocedor de la relación que existe entre la identidad personal y la responsabilidad moral, y, por eso, cuando Polifemo le preguntó su nombre, el jefe de los griegos le contestó «*outis*» (del griego *οὐτις*, en español ‘ningún hombre’ o ‘nadie’). Luego, emborrachó al pobre cíclope, le atravesó el ojo con una lanza y le robó sus medios de producción. Polifemo pidió ayuda y cuando el resto de los cíclopes le preguntaron quién era el culpable, él respondió: «Nadie». Todos creyeron que estaba loco y, como con la mayoría de las injusticias, nadie hizo nada.

Pero dejemos al pobre cíclope y continuemos nuestra particular odisea, cuyo destino es esclarecer las relaciones entre la identidad personal y la responsabilidad moral. Que sepamos, la capacidad moral parece ser exclusiva del ser humano. Esta facultad nos permite desprogramar la conducta instintiva y elegir la acción que realizamos. Es haciendo uso de esta capacidad como forjamos una identidad personal: el modo de ser específico de un individuo.

Con cada decisión que tomamos y con cada acción que ejecutamos vamos modelando nuestro carácter, o como dicen los anglosajones: *character*, es decir, nuestro «personaje».

Sobre esta genuina capacidad humana, Erich Fromm afirmaba que «en el arte de vivir, el hombre es al mismo tiempo artista y objeto de su arte». No sucede lo mismo, que sepamos, en otros animales. La «personalidad» de mi perro y su conducta no han sido modeladas por él. En mi mascota todo es objeto de la naturaleza y del adiestramiento. Por ello sería absurdo juzgar moralmente lo que es y lo que hace. No deberíamos dejarnos embaucar por las películas de Disney: un león, por mucho que se parezca a un villano de Shakespeare, no es ni malo ni bueno. El león, cuando desgarrar con sus propios dientes el cuello de la más lenta y estúpida de todas las gacelas, lo hace obedeciendo al instinto tan ciegamente como una *app* obedece a un código de programación.

Aristóteles, al que le apasionaban los animales, señaló que la capacidad racional, peculiar de la especie humana, es la que nos permite deliberar nuestro comportamiento, elegir el acto que nos parece más adecuado y hacernos por tanto responsables de nuestra conducta. Es decir, porque somos seres racionales y libres, estamos obligados a dar razones a los otros seres racionales y libres de nuestra manera de proceder. Ser responsable significa tener la obligación de responder cuando se hace uso del derecho a hacer.

Ahora bien, antes de avanzar, debemos señalar que no tenemos por qué responder de todo lo que hacemos, ya que no todo lo que hacemos sigue el curso de la acción descrito por Aristóteles. Imagina que se te escapa un pedo en público: sería una situación incómoda y embarazosa, pero piensa que por mucha vergüenza que llegues a sen-

tir, nadie podrá responsabilizarte de un movimiento involuntario de tu intestino, porque, para que una acción nos sea imputable, necesita cumplir estas tres condiciones:

1. *Consciente*: el sujeto debe saber qué es lo que hace.
2. *Voluntaria*: la voluntad debe elegir libremente, sin coacciones, qué es lo quiere hacer.
3. *Reflexiva*: para que la voluntad actúe libremente, y no «programada», necesita discernir previamente tanto el fin que desea como el medio que escogerá para alcanzarlo. La acción libre e imputable es una acción premeditada. Cuando un acto procede de una voluntad irreflexiva, no es libre, sino tan necesario (es decir, aquello que no puede ser de otra manera) como la fotosíntesis ejecutada por una lechuga.

Echando la vista atrás, y en memoria de nuestro amigo Polifemo, ahora podemos entender con más detalle la estructura lógica de la falacia «lo hizo nadie» usada por Ulises en la *Odisea* y por el empleado en *Las uvas de la ira*: si un nadie, es decir, una «no persona», no puede ser culpable de lo que hace, lo único que necesito para eludir la responsabilidad de mis acciones es despersonalizarme. Ulises se despersonaliza con la palabra *nadie* y los que desahucian a los campesinos lo hacen por medio de una estructura económica, pero, en esencia, el ardid es el mismo.

Pues bien, si memoria, identidad y responsabilidad moral se condicionan mutuamente, parece que debemos concluir que, si el alzhéimer borra definitivamente la memoria, también debe eliminar la identidad y la culpa. La persona con la que juegas al ajedrez no es la persona que perpetró aquellos crímenes. Tu compañero de juego no es culpable de unas acciones que cometió un otro que ya

no es él. Para aclararnos, y por si nos queda algún tipo de escrúpulo moral, podríamos pensar en alguien con personalidad múltiple, más exactamente con trastorno disociativo de la personalidad, como los protagonistas de la maravillosa novela de Robert Louis Stevenson: jugar al ajedrez con el filántropo doctor Henry Jekyll no es hacerlo igualmente con el criminal señor Edward Hyde... ¿O sí?

EL QUE TUVO RETUVO

Para el filósofo escocés Thomas Reid, fundador de la escuela del sentido común, hay algo en el argumento de Locke que no encaja. No te apresures por entrar en esa habitación y no estés tan seguro de que la persona con la que juegas al ajedrez ya no es un criminal. Si aplicamos la ley de la transitividad, uno de los principios básicos de la lógica, el argumento del señor Locke parece hacer aguas. Esta ley determina que si un elemento se relaciona con otro y este último con un tercero, entonces el primero se relaciona también con el tercero. Por ejemplo, si un número es menor que otro y este otro es menor que un tercero, entonces el primero es menor que el tercero. Otro ejemplo: si un objeto es igual que otro y ese segundo objeto es igual a otro más, entonces el primero de ellos es igual que el tercero. Y, ahora, en lugar de números y objetos hablemos de recuerdos. Supongamos que yo hoy no recuerdo nada de lo que hice mi primer día de universidad, pero sí de lo ocurrido el día que me gradué, y que ese día en que lancé mi birrete al aire e ingresé en la lista del paro aún era capaz de acordarme de lo acontecido el primer día de mi vida universitaria. Entonces, aplicando la transitividad, no queda otra más que concluir que yo también soy el estudiante de primer año que robaba li-

bros de ética de la biblioteca, lo recuerde o no lo recuerde. Bien es cierto que no solo soy alguien que saqueaba los fondos bibliográficos de mi *alma mater* (mi historial delictivo es mucho más amplio), pero también soy ese. Por tanto, si tu adorable compañero de ajedrez te está esperando es porque recuerda lo que hizo hace unos días atrás, cuando todavía era capaz de evocar acontecimientos aún más pasados, e intuyo que ya sabes hasta dónde y hasta quién nos lleva esta cadena transitiva.

Examinemos ahora otra refutación de la teoría lockiana de la identidad personal que me gusta llamar el «argumento de Elvis»: imaginemos que esta mañana se presenta ante nosotros un gitanillo de Jerez, de unos quince años, con una mata de pelo negro y rizado, ojos y piel oscuros como la noche, con una camiseta del Cádiz cuando estuvo en primera, que afirma, con un acento andaluz muy cerrado, ser Elvis Presley. El individuo no solo conoce todo lo que los historiadores y periodistas musicales saben sobre la biografía del rey del rock, sino que además está al tanto de información que solo podría haber sabido el mismo Elvis en persona. Pues bien, si seguimos a pies juntillas la teoría de Locke tendríamos que concluir que ese señor es Elvis, algo que parece contradecir nuestra intuición y el sentido común. Imaginemos ahora que, al cabo de un rato, aparece otro candidato a ser Elvis que iguala al primero, ya que ambos tienen exactamente la misma memoria experiencial que el famoso cantante. Si aceptamos los postulados de Locke, tendríamos que reconocer que ese hombre también es Elvis, es decir, que estaríamos afirmando algo absurdo, puesto que dos personas no pueden ser una misma persona.

Por otro lado, también debemos tener en cuenta que el olvido es un estado de la mente tan real y propio como el recuerdo, por lo que parece lógico pensar que quien

olvida ha de ser necesariamente la misma persona que quien recuerda. Para profundizar sobre ello, examinemos el siguiente caso:

Cuando eras pequeño, asustado por la posibilidad de que el curso de la vida te cambiase y te convirtiese en un ser tan gris y aburrido como todos los adultos que conoces, escribiste una carta a tu yo del futuro. Muchos años después, al regresar a casa de tus padres y rebuscar en tu antigua habitación, descubres la carta, pero, aunque no recuerdas en absoluto haberla escrito, reconoces tu propia letra.

Y ahora vienen, como siempre, las preguntas: ¿son el yo escritor de la carta y el yo lector la misma persona? ¿Qué es lo que los conecta? Obviamente no son los recuerdos, entonces ¿qué? Derek Parfit intentó dar solución a estas cuestiones. Para este filósofo británico, el núcleo de la identidad no estaría, como afirmaba Locke, en la memoria, sino en lo que él llama «continuidad psicológica». No hay un único elemento que defina nuestra identidad personal, ya que en ella intervienen diferentes piezas: creencias, recuerdos, deseos, rasgos de personalidad y experiencias. La clave de la identidad está en el hilo que las va hilvanando a lo largo de nuestra existencia. Así, si uno de los elementos se descose y desprende de la red, mientras siga habiendo hilo conectando piezas, la identidad se mantiene.

La idea de un yo fijo e inmutable, de una esencia que se nos da en el mismo instante de nuestra concepción y que va aflorando poco a poco a lo largo de la vida, es una patraña. Creer en ella es tan infantil e irracional como creer en la existencia de unicornios de crines arcoíris. Nuestra identidad personal es una colección de estados

psicológicos y rasgos en constante evolución y cambio. No hay, como creía Locke, un aspecto esencial de nuestra identidad personal, sino una red plástica y dúctil parecida a la que forman nuestras neuronas. La red neural puede dañarse, especialmente tras una noche empapada en tequila, o puede alterarse, como ocurre cuando aprendemos algo nuevo, y, sin embargo, sigue siendo la misma. En tu compañero de ajedrez, una parte muy significativa de sus recuerdos se han deshilvanado de la red y perdido para siempre, pero, puesto que existe una continuidad en el tiempo de otros aspectos psicológicos tales como su personalidad o sus gustos, la identidad personal (y por tanto la responsabilidad moral) se conserva. La memoria no parece ser lo que importa, lo que importa es aquello que permanece, y el carácter parece ser algo más determinante para la identidad que la mera memoria. Considerar, como hace Locke, que si alguien no recuerda haber cometido un crimen, entonces no es la misma persona que lo cometió y que no debe ser condenada, es, según Parfit, una idea, además de falsa, «moralmente repugnante».

NACIDO PARA SER AUTÓNOMO

Llegados a este punto, el lector, posiblemente, arda en deseos de conocer cuál es la respuesta correcta a este problema, para que con ella sus dudas e inquietudes se disipen, su conciencia se tranquilice y pueda emplear su energía mental en otros quehaceres. Pues bien, debemos ser francos y no conducir a nadie ni a engaños ni a falsas esperanzas: ¿qué se debe hacer? Sinceramente, no lo sé. Como ya advertimos en las instrucciones, este no es un problema matemático, sino ético, y la ética es la disciplina

que nos incita a tener el coraje de ser autónomos. Immanuel Kant diferenciaba a las personas según su madurez moral en dos categorías: los heterónomos (del griego *heteros*, en español ‘otro’, y *nomos*, ‘norma’) y los autónomos (del griego *autos*, ‘uno mismo’). Los primeros son sujetos inmaduros moralmente, incapaces de pensar por sí mismos lo que deben hacer y que obedecen ciegamente a la voluntad de otro. Tan heterónimo es un niño que hace lo que le dicen sus padres porque es lo que le ordenan, como un adulto que actúa siguiendo acríticamente las tradiciones de su pueblo porque es lo que se viene haciendo toda la vida. El heterónimo es un cobarde al que le acojona pensar por sí mismo y asumir la responsabilidad de sus acciones. Es quien cree que errar es humano, pero que echarle la culpa a otro de tus equivocaciones es más humano todavía y, por eso, siempre se excusará diciendo: «Yo soy buena persona porque acato ciegamente las normas de la autoridad moral de turno». Pero ¿qué dignidad hay en obedecer las normas de alguien que piensa por mí? ¿Cómo va a ser un buen ser humano quien ha renunciado a pensar? Parece tan absurdo como afirmar que un buen médico es quien ha decidido no practicar la medicina o un buen boxeador quien ha tirado la toalla.

El autónomo también obedece, pero, a diferencia del heterónimo, es un ser libre, ya que no sigue las normas morales de otros, sino las que él mismo se da. El autónomo no reconoce más autoridad moral que la de su propia razón. Sírvanos como ejemplo de la dignidad del autónomo frente al heterónimo esta anécdota que nos cuenta Heródoto: un noble persa intentó convencer a dos espartanos de que salvaran sus vidas sometiéndose a la voluntad de Jerjes. El noble no entendió el rechazo de su ofrecimiento. La respuesta de los griegos fue tan lúcida como

mordaz: «Tú conoces la esclavitud, pero no conoces la libertad». Y es que una vez que se ha probado el sabor de la libertad, ya no se puede renunciar a ella.

Intuyo que el lector no es de los que tiran la toalla y que tendrá los arrestos morales para explorar por sí mismo la solución a este problema. Escucha lo que otros tienen que decirte, examina sus argumentos y déjate examinar por los demás. Razona y refuta sin cejar en tu afán. Pero, sobre todo, reconoce, respeta y ama la verdad allí donde esta se te manifieste. Por cierto, si después de resolver este #FiloReto, piensas que los problemas morales con la identidad habían acabado, pasa a la siguiente página y descubre que, realmente, no habían hecho más que empezar.

